

gritos angustiosos de los dolientes en vela, que desahogaban la tribulación, la pena causada con la muerte de un ser querido. La casa del difunto se abandonaba á los abrojos y espinas, á la soledad; y sólo cuando la familia era numerosa se continuaba habitando en ella: de lo contrario, quedaba yerma por luengos años, como testigo del duelo de sus propietarios.

Amortajaban al muerto, y, pensando que en la otra vida había de necesitar sustento y dinero con qué proveerse de lo necesario, le llenaban la boca de maíz molido (*keyem*), y echaban en el ataúd algunas monedas, ó pedrezuelas que hacían su oficio. Solían, además, unir al cadáver, las insignias de la profesión del difunto: así, al sacerdote lo enterraban con algunos de sus libros; al hechicero, con sus piedras (*zaztunes*); y á los devotos, con idolillos de barro, ó de madera, de distintas formas.¹

¹ Landa. *Relación de las cosas de Yucatán*.

CAPITULO XIII.

Creencias religiosas.—Idolatría.—Supersticiones.—Adoratorios de Izamal, Chichén-Itzá y Cozumel.

Los mayas no eran ateos: creían en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma. Había para ellos, después de la muerte, un premio y un castigo; un paraíso y un infierno.

Imaginábanse que los hombres buenos y virtuosos que partían de esta vida eran conducidos á un lugar deleitoso, á una inmensa explanada ó plaza, sombreada por corpulenta ceiba que extendía por todos lados sus frondosas ramas. Bajo su sombra benéfica, se gozaba de frescura deliciosa é inagotable, y allí se sentaban los buenos, sin que la más leve pena viniese á perturbarlos. Allí, olvidados de toda fatiga y de toda tribulación, oreadas sus frentes por frescos aires, lisonjeados sus oídos por suavísimos sonidos, departían amigablemente en interminables amistosos coloquios, y comían manjares dulces y sabrosos, cuyo gusto, siempre nuevo y apetitoso, jamás les fastidiaba.

Por el contrario, el infierno (*metnal*), era un lugar bajo, sucio, inmundo y asqueroso; los que lo habitaban tiritaban, sin cesar, de horrible frío; tenían pegados los estómagos al espinazo, de hambre cruel; se caían de cansancio, como si siglos en-

teros hubiesen estado caminando sin descansar; y agonizaban perpetuamente entre mortíferas congostas: para colmo de desdicha, miriadas de espíritus malignos jugaban con sus tormentos, y se divertían en burlarse de ellos, y en acosarlos con dolores y angustias perdurablemente renacientes. En este antro de la desgracia, reinaba soberanamente un demonio, príncipe y jefe de todos los espíritus del mal, y al cual llamaban *Hun Ahau*.

Pensaban que después de la muerte habían de ir á uno de estos dos lugares, según que fuesen viciosos, ó que hubiesen vivido honestamente. Era por demás raro que creyesen que el ahorcarse era sendero fácil para llegar, á través de inmarcesibles praderas, á la sombra perennal de la ceiba paradisíaca: se ahorcaban así, con la mayor facilidad, pensando que la diosa de la horca, llamada *ixtab*, saldría á recibirlos, y los llevaría sanos y salvos á descansar de sus tristezas, trabajos ó enfermedades.

Si bien creían en la existencia de Dios, habían corrompido la noción de la divinidad con la concepción de multitud de dioses y diosas, que adaptaban á sus diversas necesidades y placeres, personificándolos en multitud de ídolos que guardaban con veneración en sus templos, oratorios y casas. Los fabricaban de piedra, de madera y de barro, y los penates ó domésticos se transferían por herencia, de padres á hijos, como preciado tesoro.

A pesar de esta alteración notable en la creencia de la divinidad, no habían perdido por completo la fe en un Dios puro, único, vivo y verdadero, espiritual y eterno, pues para expresar su creencia en la divinidad tenían la palabra *Ku*, que significa

Dios en abstracto, sin concretarse á ninguno de los ídolos que veneraban. A veces le invocaban con muchos suspiros diciendo *Kúe, Kúe, Kúe*, y, cuando esto decían, se dirigían en espíritu á un Dios invisible, inmaterial, omnipotente. A este mismo Dios puro, único, incomparable, llamaban también *Hunal Ku*: afirmaban que era el origen primordial de todos los seres; el dueño soberano de todo lo creado: y, aunque le adoraban y le invocaban devotamente, jamás era representado con forma material, ni conservaban imágenes ó ídolos que lo representasen. Decían que este Dios único había tenido un hijo llamado *Hun Itzamná*, ó *Yaxocahmut*, inventor de los caracteres del alfabeto maya.¹

Después seguía la cáfila de los dioses y diosas á cuya cabeza, como dios supremo, estaba *Kinchahau*, marido de la diosa *Ixazaluoh*, la inventora de los tejidos de algodón. Figuraba también, como ídolo, *Itzamná*, dios de la literatura, y *Ixkanleox*, madre de los dioses.

Había una diosa de la pintura, llamada *Ixchebelyax*: á ella atribuían haber enseñado á adornar los vestidos con dibujos, y la representaban bajo la figura de una mujer. *Ixchel* era la diosa de los partos y de la medicina; *Zuhuykak* era la diosa de la virginidad y de las doncellas; *Zitbolontún*, el dios de la medicina; *Xocbitún*, dios del canto; *Ahkinxoc*, dios de la música; *Pizlimtec*, dios de la poesía; *Kukulcan*, dios de la guerra; *Ahchuykak*, dios de las batallas; y *Acat*, dios de los mercaderes.

Suponían que el mundo era sustentado por

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 308.

cuatro poderosas fuerzas, situadas en los cuatro rumbos del horizonte, y á estas fuerzas prodigiosas adoraban como dioses, bajo los nombres de *Zacalbacab*, *Kanalbacab*, *Chacalbacab* y *Ekelbacab*. Tenían bajo sus órdenes los vientos, y, á su arbitrio y voluntad, desencadenaban las tempestades. Con esta idea, teníanles grande temor los mayas, y, para aplacarlos, les hacían oblações y sacrificios alternativamente en cada año. A ellos, y á *Multulsec*, atribuían los malos tiempos en la tierra y en la mar.

Los agricultores veneraban á *Chac* dios de la agricultura, de los campos, de los truenos y relámpagos, y, al empezar las cosechas, lo apaciguaban con ofrendas de comidas hechas de maíz y aves, y con libaciones de *balché*. Decían que cuando vivió en la tierra había sido un gigante, y bajo esta forma lo representaban.

Los mayas convertían también en dioses á sus grandes reyes, capitanes, heroes y hombres sobresalientes de alguna manera en la sociedad. Así adoraban á *Kukulcan*, á *Kakupacat* y á *Ahchuykak*, á quienes consideraban como dioses de la guerra. El último era llevado en andas por cuatro caudillos, en toda refriega, escaramuza ó batalla.

Así, en Izamal, veneraban con ardiente culto, en el mismo lugar donde hoy se levanta el principal templo católico, á *Itzamatul*, uno de los jefes mayas de la antigüedad, que fué un gran rey de dominios y posesiones en la península, y que, cuando era preguntado por su nombre, decía llamarse *Itzen caan*, *Itzen muyal*, *rocío del cielo*, *rocío de las nubes*. Allí mismo, en Izamal, en el cerro que cae al poniente, veneraban á *Kabul*, cuyo símbolo era una

mano, en significación de la omnipotencia que le atribuían para sanar á los enfermos y resucitar á los muertos. En el cerro del norte, veneraban á *Kinichkakmó*, *papagayo de ojos de luz y fuego*.

Los cazadores, los caminantes, los pescadores, los ebrios, los bailarines, los cómicos, todos tenían sus dioses ó diosas. Aun los que se ahorcaban no carecían de una divinidad para encomendarse á su protección: tenían á la diosa *Xtab*.

Había también ídolos particulares de los pueblos, de las ciudades, de las familias, de cada individuo. En Campeche se veneraba á un dios vengador, prototipo de la crueldad y de la audacia, á quien, bajo el nombre de *Kinch Ahau Haban*, se ofrecían sacrificios humanos. En T'Ho, sobre un cerro que había cerca, y al norte, de la actual iglesia de San Cristóbal, se rendía culto á otro ídolo denominado *H Chun Caan*. En Cozumel reverenciaban á *Tel Cuzam*, al cual daban la figura de un hombre con las piernas tan delgadas como las espinillas de una golondrina, y á *H Ulneb*, á quien pintaban con una flecha en la mano.

Los templos ó adoratorios se fabricaban de ordinario de mampostería ó de paja, y estaban rodeados de una plaza más ó menos extensa. En ellos se guardaban las estatuas de los ídolos, de formas ya horrorosas, ya extravagantes, ya graciosas y delicadas. Algunos se encontraban en posturas indecentes, cuya presencia pudiera ruborizar al más descomedido ó insolente. De estos ídolos, unos estaban arrimados á las paredes en postura de pie, ó sentados, ó bien en actitudes impúdicas: otros eran conservados en grandes cajas de madera.

De todos los lugares sagrados de Yucatán, eran los más venerados, el templo de Kabul en Izamal, el pozo de Chichén-Itzá, y el adoratorio de Cozumel. Romeros, no solo de la península, sino de Tabasco, Chiapas y Guatemala, concurrían perpetuamente á estos santuarios á hacer preces, ofrendas, ex-votos y sacrificios. El viaje era una verdadera peregrinación religiosa: los peregrinos, durante el trayecto, iban visitando los templos que hallaban á su paso, los monumentos antiguos, las ruinas abandonadas, en donde se detenían á quemar el copal, perfume sagrado reservado para las demostraciones del culto.

Con objeto de facilitar estas peregrinaciones, tenían fabricadas, por los cuatro rumbos del horizonte, cuatro hermosas y bien trabajadas calzadas que cruzaban toda la península, y de las cuales, aun hoy, se ven restos. Una de estas calzadas, pasando por Izamal, por Chichén-Itzá y Cobá, llegaba hasta la costa de Ekab, frente á la isla de Cozumel. En Tulum, Xelhá, Pamal, Ceh-ac, Palmul ó Polé, puertos del cacicazgo de Ekab, los peregrinos se embarcaban en canoas ó piraguas para atravesar el estrecho que separa á Cozumel de la costa firme; pero, antes de embarcarse, se cuidaban de hacer sacrificios á los dioses del mar en los adoratorios de la playa, sin lo cual creían de seguro perecer, arrastrados por la corriente del canal.

El arruinado templo de Kabul, en Izamal, era el refugio de los incurables: á él acudían con abundantes presentes y limosnas. Los muertos mismos eran llevados á este lugar para impetrar su resurrección.

Chichén-Itzá, situado en una fértil llanura, conservaba dos cenotes abiertos y profundos, á los cuales arrojaban víctimas vivas: preferían para ello jóvenes en todo el vigor de la edad y de la salud. Los caciques eran aficionados á hacer romerías á Chichén-Itzá, con objeto de atraerse, con estos sacrificios, la protección de sus divinidades. La pérdida de las cosechas, la proximidad de la guerra, las dificultades del gobierno, y las calamidades sociales, eran motivos que determinaban el ofrecimiento de un sacrificio humano en los cenotes de Chichén-Itzá.

En el adoratorio de Cozumel había un ídolo que emocionaba y atraía la devoción de los peregrinos, merced á la superchería de los sacerdotes. El ídolo era de barro cocido, hueco, de cuerpo entero, de alto relieve, incrustado en el muro, en cuyo espaldar se abría una portezuela secreta, sólo conocida de los sacerdotes. Por ella, se introducía el *chilam* al ídolo, y, hablando por su boca, profería oráculos que el pueblo recibía como de la divinidad. Bajo la ardiente impresión de las palabras que se pensaban dictadas por la deidad, llovían ofrendas y sacrificios de aves, perros, y, desgraciadamente, también de víctimas humanas.